

**TEXTOS QUE SON PRETEXTOS
PARA... ESCRIBIR.
UNA *ANTOLOGÍA INTEMPORAL* DE 1º
ESO A 2º BACHILLERATO.**

1. PARA JUGAR CON LA METONIMIA

Al alcohol lo llamo directamente Ballantine's. Digo Bic por bolígrafo, Mont-Blanc por pluma, Olivetti por máquina de escribir y Mac por ordenador. En los restaurantes finos suelto Avecrem en lugar de sopa o Camy por "biscuit-glacé", y lo peor de todo es que suelo acertar. Cuando intento pronunciar palabras tan sencillas como somnífero, tónica, zapatillas, bicicleta, tarjeta de crédito o cigarro me salen espontáneamente marcas caprichosas: Valium, Schweppes, Adidas, BH, Visa, Montecristo. Los digitales son Casio, y los analógicos, Omega. Las "colas" son Coca-Cola, incluso cuando bebo Pepsi. Al televisor le digo el tubo, y al tubo, claro, Triniton. Y así todo el tiempo. Soy irremediamente metonímico, qué se le va a hacer. De la misma manera que otros son zurdos, bizcos, tartajas, daltónicos, patizambos, miopes o inspectores de Hacienda, yo tengo la desgracia de padecer metonimia aguda. Cuando hablo o hago estas redacciones suelo tomar la parte por el todo, o lo que es más intolerable por estos alrededores literarios, tomo la marca por la cosa.

Fernando Fernán Gómez.

2. PARA HUIR DE LOS NEOLOGISMOS INNECESARIOS

Modernos y elegantes, Julio Llamazares.

Desde que las insignias se llaman *pins*, los homosexuales *gays*, las comidas frías *lunchs* y los repartos de cine *castings*, este país no es el mismo. Ahora es mucho más moderno.

Durante muchos años, los españoles estuvimos hablando en prosa sin enterarnos. Y, lo que es todavía peor, sin darnos cuenta siquiera de lo atrasado que estábamos. Los niños leían tebeos en vez de *cómics*, los jóvenes hacían fiestas en vez de *parties*, los estudiantes pegaban *posters* creyendo que eran carteles, los empresarios hacían negocios en vez de *business*, las secretarias usaban medias en vez de *panties* y los obreros, siempre tan toscos, sacaban la fiambrera al mediodía en vez del *catering*. Yo mismo, en el colegio hice *aerobic* muchas veces, pero, como no lo sabía —ni usaba, por supuesto, las mallas adecuadas—no me sirvió de nada. En mi ignorancia creía que hacía gimnasia.

Afortunadamente, todo esto ha cambiado. Hoy España es un país rico a punto de entrar en Maastricht y a los españoles se nos nota el cambio simplemente cuando hablamos, lo cual es muy importante. El lenguaje, ya se sabe, es como la prueba del algodón: no engaña. No es lo mismo decir *bacon* que tocino, aunque tenga igual de grasa, ni vestíbulo que *hall*, ni inconveniente que *handicap*. Las cosas, en otro idioma, mejoran mucho, sobre todo en inglés, que es el que manda.

Desde que Nueva York es la capital del mundo, en efecto, nadie es realmente moderno mientras no diga en inglés un mínimo de cien palabras. Desde ese punto de vista, los españoles estamos ya completamente modernizados. Es más, creo que no hay en todo el mundo un país que nos iguale. Porque, mientras en otros lugares toman sólo del inglés las palabras que no tienen —bien porque sus idiomas son pobres o bien porque pertenecen a lenguajes de reciente creación, como el de la economía o el de la informática--, nosotros, más generosos, hemos ido más allá y hemos adoptado incluso las que no necesitábamos. Lo cual demuestra nuestra apertura y nuestro interés por modernizarnos.

Así, ahora, por ejemplo, ya no decimos bizcocho, sino *plum-cake*, que queda mucho más fino, ni tenemos sentimientos, sino *feelings*, que es mucho más elegante. Y de la misma manera, sacamos *tickets*, compramos *compacts*, usamos *Klenex*, comemos *sandwiches*, vamos al *pub*, quedamos *groggies*, hacemos *rappel* y, los domingos, cuando salimos al campo —que algunos, los más modernos, lo llaman *country*--, en lugar de acampar como hasta ahora, *vivaqueamos* o hacemos *camping*. Y todo ello, ya digo, con la mayor naturalidad y sin darnos importancia.

Obviamente, esas palabras no sólo han influido en nuestro idioma, sino que han modificado nuestra vida, que ahora es mucho más moderna y elegante. Por ejemplo: los españoles ya no usamos calzoncillos, sino *slips*, lo que nos permite marcar paquete con más soltura que a nuestros padres; ya no nos ponemos ropa, sino marcas; ya no tomamos café, sino *coffee*, que es

infinitamente mejor, sobre todo si va mojado, en lugar de con galletas, que es una vulgaridad, con cereales tostados. Y, cuando nos afeitamos, en lugar de loción, nos ponemos *after-shave*, que, aunque parezca lo mismo, deja más fresca la cara. Y, en el plano colectivo, ocurre exactamente lo mismo que pasa a nivel privado: todo ha evolucionado. En España, por ejemplo, hoy la gente ya no corre (hace *footing*), ya no anda (ahora hace senderismo), ya no estudia (hace *masters*), ya no aparca (deja el coche en el *parking*, que es muchísimo más práctico). Hasta los suicidas, cuando se tiran de un puente, ya no se tiran. Hacen *puenting*, que es más *in*, aunque, si falla la cuerda, se maten igual que antes.

Entre los profesionales, la cosa es ya más exagerada. No es que seamos modernos, es que estamos a años luz de los mismísimos americanos. En la oficina, por ejemplo, el jefe ya no es el jefe; es el *boss* y está siempre reunido con la *public-relations* o va a hacer *business* a *Holland* junto con su secretaria. En su maletín de mano al revés que los de antes, que lo llevaban lleno de papeles y de latas de fabada, lleva un *computer* y un *fax-modem* por si acaso. La secretaria tampoco le va a la zaga. Aunque seguramente es de Cuenca ahora ya no lleva agenda ni confecciona listados. Ahora hace *mailings* y *trainings* —y *press-book* para la prensa—y cuando acaba el trabajo, va al gimnasio a hacer *gim-jazz* o a la academia de baile para bailar sevillanas. Allí se encuentra con todas las de la *jet*, que vienen de hacerse *liftings*, y con alguna *top-model* amante del *body-fitness* y del *yogurt* desnatado. Todas toman, por supuesto, cosas *light* y ya no fuman tabaco, que ahora es una cosa *out*, y, cuando acuden a un *cocktail*, toman *bitter* y *roast-beef*, que, aunque parezca lo mismo, engorda menos que la carne asada.

En la televisión, mientras tanto, ya nadie hace entrevistas ni presenta, como antes, un programa. Ahora hacen *interviews* y presentan *magazines*, que dan mucho más prestigio, aunque aparezcan siempre los mismos y con los mismos collares. Si el presentador dice mucho O.K. y se mueve todo el rato al *magazine* se le llama *show* —que es distinto que espectáculo—y, si éste es un *show heavy*, es decir, tiene carnaza, se le adjetiva de *reality* para quitarle la carga de tremendismo que tendría en castellano. Entre medias, por supuesto, ya no nos ponen anuncios, sino *spots* que, aparte de ser mejores, nos permiten hacer *zapping*.

En el deporte del *basket* —que antes era baloncesto--, los *clubs* ya no se eliminan, sino que juegan *play-offs*, que son más emocionantes, y a los patrocinadores se les llama *sponsors*, que para eso son los que pagan. El mercado ahora es el *marketing*, el autoservicio el *self-service*, el escalafón el *ranking*, el solomillo el *steak* (incluso aunque no sea tártaro), la gente guapa la *beautiful-people* y el representante el *manager*. Y, desde hace algún tiempo, también, los famosos son los *vips*, los auriculares los *walk-man*, los comercios los *stand*, los triunfadores los *yuppies*, las niñeras las *baby-sitters* y los derechos de autor los *royalties*. Hasta los pobres ya no son pobres. Ahora los llamamos *homeless*, como en América, lo que indica hasta qué punto hemos evolucionado.

Para ser ricos del todo y quitarnos el complejo de país tercermundista que tuvimos algún tiempo y que tanto nos marcó, sólo nos queda ya decir *siesta*, la única palabra que el español ha exportado al mundo, lo que dice mucho a favor nuestro, con acento americano.

3. INTELIGENCIA QUE PIENSA E INTELIGENCIA QUE SIENTE

La razón dominante, Luis Rojas Marcos.

Pocos productos de las ciencias sociales y psicológicas despiertan tanta controversia, encienden tantas pasiones y crean tanta confusión como el cociente de inteligencia o CI. Esta definición aritmética consiste en dividir la edad intelectual de la persona entre su edad cronológica y multiplicar el resultado por 100.

A raíz del descubrimiento de las pruebas de inteligencia a principios de siglo por el psicólogo francés Alfred Binet, y del invento, en 1912, del fatídico cociente por su colega alemán William Stern, la exaltación de la *individualidad* del ser humano se convirtió en una obsesión irresistible de la psicología. Hoy el CI es una metáfora, un potente símbolo imbuido* en nuestra cultura competitiva y narcisista. Aunque ayuda a diagnosticar ciertos problemas del desarrollo mental en niños, con demasiada frecuencia es utilizado para justificar el predominio de las elites intelectuales sobre otros grupos considerados menos valiosos, menos humanos.

En el excelso templo de las virtudes, la inteligencia académica que mide el CI ha sido puesta en un lugar mucho más alto del que se merece. Su identificación con las cualidades más atractivas de la persona es científicamente errónea y humanamente desafortunada. Un repaso de casos documentados de prodigios, desde Mozart, Schubert y otros portentos musicales hasta los sabios matemáticos [...], pasando por genios del ajedrez y calculadoras humanas de increíble memoria, nos convencen de que estas lumbreras nacen y se hacen. Sus biografías ilustran el componente innato del intelecto, pero además demuestran que el entendimiento y la imaginación están condicionados por la educación, las emociones, las experiencias, las fuerzas sociales y la cultura. Y es que para superar los desafíos que nos plantea la vida necesitamos dos mentes, una que piensa y otra que siente.

Un cociente de inteligencia alto no garantiza la prosperidad, ni las relaciones dichosas, ni la paz de espíritu. Los más inteligentes a menudo son pilotos desastrosos de sus vidas privadas y se hunden en las turbulencias de sus pasiones. Por el contrario, las personas que están preparadas emocionalmente tienen ventajas en cualquier aspecto de la vida. Como en *El principito*, de Saint-Exupéry, “vemos bien con el corazón, lo más esencial es invisible a los ojos”.

Nuestro nicho en la sociedad depende de muchas *inteligencias*: la inteligencia emocional, la social, la musical, la artística, la comunicativa, la inteligencia del sentido del humor y la inteligencia inconsciente que gobierna la intuición. Gracias a estas aptitudes moderamos nuestros impulsos, regulamos los sentimientos y evitamos que nos abrume el estrés o interfiera con nuestra capacidad para razonar o tomar decisiones. Estos talentos también nos ayudan a captar las reglas informales que gobiernan el éxito en la política de las

organizaciones, a desarrollar el “don de gentes”, a hacer y conservar amigos, y a reconocer y sentir las circunstancias de los demás, lo que es la esencia de la empatía.

En mi opinión, el cociente de inteligencia es un indicador demasiado miópico y estricto como para ser útil. Me figuro que sus admiradores han sido seducidos por el paradigma del ordenador como modelo de la mente, olvidando que el cerebro no es una estructura seca, estéril y fría de silicona, sino una masa blanda, húmeda y pulsátil que está flotando en un caldo de sustancias neuroquímicas. En el fondo, el CI es una consecuencia de nuestra manía por etiquetar y ordenar cuantitativamente a las personas, un ingenio que obedece a la compulsión ancestral* por separar a los *buenos* de los *malos*. Recordemos que nada es más natural que la necesidad de los humanos de reclamar la superioridad de unos sobre otros.

4. SERÍA FANTÁSTICO UN MUNDO IDEAL

Sería fantástico, Joan Manuel Serrat.

Sería fantástico que yo estuviese equivocado
y que el váter no estuviera ocupado,
que hoy hiciese buen día,
que me diera un buen pedazo
y que San Pedro no cantase ni aunque le pegaran.

Sería fantástico que no hubiera nada urgente,
no pasar nunca de largo
y servir para algo,
ir por la vida sin cumplidos
llamando a las cosas por su nombre,
cobrar en especies
y sentirse bien tratado
y mearse de la risa
y echar a volar todas las palomas sería un detalle,
todo un síntoma de urbanidad
que no perdieran siempre los mismos
y que heredasen los desheredados.

Sería fantástico que ganase siempre el mejor
y que la fuerza no fuese la razón,
que se instalara en mi barrio el paraíso terrenal
y que la ciencia no fuese neutral.

Sería fantástico no pasar por el tubo,
que todo fuera como está mandado
y que no mandase nadie,
encontrarse como en casa en cualquier sitio,
poder ir distraído sin correr peligros.

**Sería fantástico que todos fuéramos hijos de Dios,
sería todo un detalle y todo un gesto por tu parte
que coincidiésemos,
te dejases convencer
y fueses como yo siempre te imaginé.**

© EJERCICIO

-¿Qué sería fantástico para ti? Razónalo.

-Recopila un par de canciones en las que, a tu juicio, el contenido de las letras sea importante para ti.

5. PARA JUGAR CON LAS PALABRAS

La cosa, Juan José Millás.

De pequeño tuve una caja de zapatos que llegó a ser mi juguete preferido, entre otras cosas porque no tenía otro. Pero envejeció más deprisa que los zapatos que había llevado dentro, de manera que a mi caja se le cayó un día la primera *a* y se quedó en una *cja*, que así, a primera vista, parece un juguete yugoslavo. Busqué entre las herramientas de mi padre una *a* de repuesto, pero no había ninguna y tuve que sustituirla por una *o*. De este modo, sin transición, tuve que olvidar la caja para hacerme cargo de una *coja*, lo que es tan duro como pasar directamente de la niñez a los asuntos.

Jugué mucho con aquella *coja*, todavía la recuerdo, pero se fue haciendo mayor también y un día se le cayó la *jota*. Hay quien piensa que las vocales se estropean antes que las consonantes, pero yo creo que vienen a durar más o menos lo mismo. El caso es que tampoco encontré entre los tornillos de mi padre una *jota* en buen uso, así que la sustituí por una *pe* que estaba prácticamente sin estrenar. La coloqué en el lugar de la *jota* y me salió una *copa estupenda*, con la que he bebido de todo hasta ayer mismo, que se me cayó al suelo y se rompió.

A decir verdad, se rompió justamente por la *pe*, y como es muy antigua no he encontrado en ninguna ferretería una igual. Ayer fui a casa de mis padres, y después de mucho rebuscar en el trastero di con una *ese* que no desentona con el conjunto. O sea, que ahora tengo una *cosa*, pero no sé qué hacer con ella. La *caja*, la *coja* y la *copa* eran muy útiles para guardar secretos, jugar o emborracharse. Pero la *cosa* me da miedo; además, la escondí en el bolsillo interior de la chaqueta, de manera que desde ayer tengo una *cosa* aquí, en el pecho, que me llena de angustia. Lo peor de todo es que, como no sé qué es, tampoco sé cómo se rompe.

Qué vida, ¿no?

Fragmento de *Rayuela*, Julio Cortázar.

Apenas él le amalaba el noema, a ella se le agolpaba el clémiso y caían hidromurias, en salvajes ambonios, en sustalos exasperantes. Cada vez que él procuraba relamar las incopelusas, se enredaba en un grimado quejumbroso y tenía que envulsionarse de cara al nóvalo, sintiendo cómo poco a poco las arnillas se espejunaban, se iban apeltronando, reduplicando, hasta quedar tendido como el trimalciato de ergomanina al que se le han dejado caer unas filulas de caroconcia.

Y sin embargo era apenas el principio, porque en un momento dado ella se tordulaba los hurgalios, consintiendo en que él aproximara suavemente sus orfelunios. Apenas se entreplumaban, algo como un ulucordio los encrestoriaba, los extrayuxtaba y paramovía, de pronto era el ciclón, la esterfurosa convulcante de las mátricas, la jadehollante embocapluvia del orgumio, los esproemios del merpasmo en una sobrehumítica agopausa. ¡Evohé! ¡Evohé! Valposados en la cresta del murelio, se sentían balparamar, perlinos y márulos. Temblaba el troc, se vencían las marioplumas, y todo se resolviraba en un profundo pínice, en niolamas de argutendidas gasas, en carinias casi crueles que los ordopenaban hasta el límite de las gunfias.

6. MENÚ CREATIVO DEL DÍA DE LA MUJER TRABAJADORA, Julián Montesinos.

1. Entradas paisajísticas de temporada

- ▶ Tormenta de hierbas aromáticas sobre lomos de almendra.
- ▶ Verduritas atrapadas en membrillo al pil pil.
- ▶ Chipirones salteados con habitas *baby*.

2. Atrapados en el bosque de los sentidos

- ▶ Pulpo abrazado a solomillo de atún con vieiras bizcas.
- ▶ Foie en micuit con mermelada de pétalos de rosa y reducción PX.
- ▶ Solomillo de toro con cinco pimientos en su jugo, caramelizado con vino rancio y espolvoreado con migas de la tierra.
- ▶ Huevos estrellados contra muslos calientes.
- ▶ Entrecot de liebre con salsa de nueces y picapica.
- ▶ Callos de gallinas primerizas con pienso compuesto y salvado.

3. Dulces salidas

- ▶ Fruta escarchada sobre un fondo de hielo.
- ▶ Marquesitas de chocolate en colchón de dátil.
- ▶ Lluvia de letras sobre pergamino de hojaldre con hilos de caramelos sin PH.
- ▶ Café deconstruido en versión Adrià.

PRECIO: Ya me lo pagarás.

NOTA. Existe libro de reclamaciones y fogones para atrevidos.

© EJERCICIO

Cread vosotros vuestro menú creativo, no tanto culinaria como literariamente. Buscaremos el sabor, el olor, el color y el sonido de las palabras, en fin, los sentidos de la lengua...

7. MI PALABRA FAVORITA

Ilustración, Antonio Muñoz Molina.

Es mi palabra preferida, por el tiempo histórico al que alude y por el concepto en sí al que se refiere. Me gusta la Ilustración porque es el tiempo en que por primera vez se definen los principios que han hecho algo más habitable el mundo, la época de la irreverencia intelectual frente a los poderes fósiles de la Iglesia, la monarquía y el feudalismo, cuando se empieza a afirmar que nada de lo establecido lo es por naturaleza, que las circunstancias y las ideas son construidas por la acción humana y pueden ser modificadas por ella. De este impulso procede lo mejor que tenemos ahora: las ideas de libertad, igualdad y fraternidad que fueron enunciadas por la Revolución francesa y que constituyen todavía el mejor programa político.

Ilustración significa también una cierta actitud ante la vida y las cosas: la voluntad de no ser, sino de hacerse; la conciencia de que todo, hasta lo que parece más simple y trivial, es el resultado del aprendizaje y del empeño; de que el saber es la mejor defensa de la libertad, y de que no hay ni debe haber fronteras entre los seres humanos. Está de moda decir que los principios de la Ilustración han sido superados: cuando uno ve que a la gente todavía la siguen matando en nombre de religiones o de razas, y que en una gran parte del mundo los niños siguen trabajando como esclavos y las mujeres permanecen encerradas tras los velos y prohibiciones, se ve claro que no hay mucha más esperanza que la Ilustración.

© EJERCICIO

Explica brevemente cuál es tu palabra preferida.

8. EL ABSURDO COMO MÓVIL ARGUMENTAL

El hombre que sabía demasiado, Juan José Millás.

Aquel día, al regresar borracho a casa a las cuatro de la madrugada, encontró en un contenedor de basuras un maniquí desnudo y masculino. Se le ocurrió una absurda idea y se lo llevó a casa, escondiéndolo en el maletero.

A la noche siguiente, en tomo a la hora en que solía salir a tomar copas, su mujer empezó a mirarle con rencor. Pero él actuó como si esa noche fuera a quedarse en casa y la tormenta pasó en seguida. Vieron la televisión hasta las once y media y luego se metieron en la cama. Cuando la respiración de ella adquirió el ritmo característico del sueño, él se incorporó con sigilo y tras comprobar que estaba dormida abandonó las sábanas. Inmediatamente, recuperó el maniquí y lo colocó junto al cuerpo de su mujer. Ella se dio la vuelta sin llegar a despertarse y colocó una mano sobre la cintura del muñeco.

Él se vistió sin hacer ruido, salió a la calle y comprobó que la noche tenía aquel grado de tibieza con el que más se identificaba, quizá porque le recordaba el calor de las primeras noches de su juventud. Respiró hondo y comenzó a andar en dirección a sus bares preferidos. Se sentía bien, como si el peso de la culpa le hubiera abandonado definitivamente. A la segunda copa se acordó del maniquí y, aunque sintió una punzada de celos, le pareció que en general tenía muchas ventajas disponer de una especie de doble, si con él evitaba las peleas conyugales originadas por su afición a salir de noche.

De todos modos, ese día volvió a casa en torno a las dos y media, un poco antes de lo habitual. Se dirigió con cautela al dormitorio y comprobó que todo estaba en orden; su mujer continuaba abrazada al maniquí. Con mucho cuidado retiró las manos de ella del muñeco y lo sacó de la cama. Antes de llevarlo al maletero, pasó con él por el cuarto de baño y mientras se lavaba la cara lo sentó en la taza del váter. Le pareció que el rostro de su sustituto tenía un gesto de satisfacción que no había advertido en él cuando lo recuperó del contenedor de basuras, pero atribuyó esta percepción a los efectos de las copas. Tras esconder el maniquí, se metió en la cama y su mujer, instintivamente, se abrazó a él de inmediato.

Al día siguiente, ella le preparó un excelente desayuno, como si de este modo le agradeciera el que no hubiera salido aquella noche. Siendo su tendencia noctámbula el único motivo de discusión que solía enturbiar sus relaciones, las cosas mejoraron con la introducción del maniquí. Pero él ya no disfrutaba tanto como antes. Se le veía por los bares tenso y malhumorado; algunos compañeros de correrías nocturnas empezaron a regirle y ahora se emborrachaba solo en el extremo de las barras mientras cantaba canciones de amores desgraciados y de celos. A partir de determinada hora –o de determinada copa- le entraba una especie de fobia que le hacía salir urgentemente de donde estuviera y acudir corriendo a casa. Abría la puerta con cuidado, se descalzaba y caminaba de puntillas hasta la puerta del dormitorio, donde permanecía un rato con todos los

sentidos en tensión para ver si percibía algo. Después entraba, arrancaba el muñeco de los brazos de su mujer y se iba con él al cuarto de baño. Estaba seguro de que en el rostro de aquel muñeco se producían cambios imperceptibles con el paso del tiempo. La mueca desportillada de los primeros días, que intentaba reproducir una sonrisa, se había convertido en una sonrisa verdadera. Aquel cuerpo rígido había mejorado en general, como si todas sus necesidades, de la índole que fueran, estuvieran siendo satisfechas plenamente en aquella casa. Claro que siempre que contemplaba al muñeco estaba borracho, por lo que podía ser una sugestión promovida por el alcohol. Pero aunque hizo propósitos de enfrentarse cara a cara con él a la luz de día, nunca obtuvo la dosis necesaria de valor para llegar a hacerla.

Los días fueron pasando y el humor de su mujer mejoró notablemente, mientras que el de él declinaba en dirección a una tristeza sin fronteras. Además, empezó a sentir malestares y dolores que hasta entonces no había padecido. Sus excesos nocturnos le pasaban al día siguiente una factura desconocida para él. Pensó que se estaba haciendo viejo, que debía moderarse un poco más. Pero estos pensamientos le ponían aún más triste, pues sentía que estaba perdiendo al mismo tiempo la juventud y el amor.

En esto, una noche llegó a casa borracho, como era habitual, y tras meter al maniquí en el maletero se introdujo en la cama. Le pareció que las sábanas no estaban lo calientes que debían estar y buscó a ciegas el cuerpo de su mujer para acoplarse a él. Sintió un contacto duro. Subió las manos en busca de los pechos y percibió dos bolas sin pezón, como si se estuviera abrazando a un maniquí. Tuvo un movimiento de terror que controló inmediatamente, por lo que no llegó a abrirlos ojos. Se durmió en seguida, aplastado por el peso del alcohol, y al día siguiente, al despertarse, todo parecía normal.

Pero aquella sensación de que su mujer había sido sustituida por un maniquí. Fue creciendo sin prisas con el paso de las noches. Finalmente, una mañana, al despertar, comprobó que ella no se movía. Al principio pensó que se había muerto por el grado de rigidez y frialdad que mostraba su cuerpo. Pero al observar la más atentamente comprobó que su carne se había transformado en una especie de material duro cuyo tacto evocaba el del cartón piedra o el de una resina sintética. Se levantó con un horror atenuado por la perplejidad de la resaca, se vistió y fue a buscar su maniquí al maletero. Lo colocó junto al cuerpo de la mujer y ambos muñecos rodaron hacia el centro de la cama, como si se buscaran. Los tapó, salió de la casa, y desapareció entre el tráfico sin que se haya vuelto a saber nada de este hombre.

(De *Ella imagina*, Alfaguara, Madrid, 1994.)

9. La BELLEZA, Andrés Neuman

Habr  quien piense que exagero, pero all  cada cual. Soy tan bella que salgo a la calle enamorada de antemano. Los hombres me contemplan con una especie de atención superlativa y un tanto rencorosa. Las mujeres me examinan, revisan mis facciones, estudian cada gesto mío intentando descifrar la trampa. Pero no hay trampas: que soy bella, horripilantemente bella, y nada más

Gentil suplicio, este. No veo dónde está la bendición. Hable o calle, estoy perdida. Si digo cualquier cosa, soy escuchada con una impertinente suspicacia a la que no consigo acostumbrarme. Cuando no abro la boca, todos me miran como pensando: s , pero será tonta. Si algún hombre me habla, lo hace con intereses no precisamente dialécticos. Si me habla una mujer, lo hace para neutralizarme como competidora ofreciéndome su amistad. Cuando ellos no me dirigen la palabra, en su silencio tiembla el reproche de no amarlos. Cuando ellas callan, noto cómo me esp an y corren a retocarse el maquillaje. Socorro. Nadie elige su cuerpo ni su nombre. La armonía se ha vengado de mí. También lo bello es cruel, también lo bello.

 Cu nto mérito mío hay en esta piel de pétalo?  Cu nto de recompensa al trabajo bien hecho hay en mis formas de copa de cristal? A veces he pensado en terminar con todo y arrojarme un líquido abrasivo a la cara. Si no lo hago no es por coquetería, sino por miedo al dolor y sobre todo por orgullo. He vivido en el bosque. He huido al extranjero. He pasado unos años en la montaña. Pero siempre, en todas partes, había alguien que se enamor  de mí y me odi  por ello. Conozco de memoria la manera: primero es un deslumbramiento exagerado, estelar; después una benevolencia boba, como si yo mereciera más de lo que merezco; más tarde esa impaciencia a la que tanto le temo; enseguida una escena de despecho, un ataque de ira y finalmente el daño para ambos.

Por las noches sueño con mundos feos, con escenas de asco, con figuras nauseabundas. Veo amantes de piel sucia y lenguas negras, bestias ansiosas que me abrazan sin juicios y me incluyen en su hedor. Entonces, fugazmente, soy feliz. Atravieso desiertos de arena impura. Nado despreocupada en un río de barro. Pero tarde o temprano un aliento de sol me acaricia la mejilla, y me

pongo a parpadear, y mi cuerpo se estira lentamente, y la belleza regresa al dormitorio. Lo primero que hago al levantarme de la cama es mirar, incrédula, mi desnudo en el espejo. A mi lado nunca despierta nadie.

10. LA MUJER ENCERRADA (Anónimo)

Hubo un mancebo que toda su intención y su seso gastó en saber, encubiertamente, el arte de la mujer. Y, esto hecho, hubo de casar.

Pero, primeramente, tomó consejo con el mayor sabio de toda la comarca sobre cómo guardaría a la mujer con que había de casar. Y el sabio diole por consejo que hiciese una casa alta, de paredes de piedra, y pusiese dentro a la mujer, y le diese bastante de comer y vestir honradamente; y que hiciese solamente en la casa una puerta y no más, y una ventana por donde mirase. Y que la casa fuese tan alta que ninguno pudiese entrar ni salir sino por la puerta.

Y el mancebo se casó, e hizo todo lo que le había aconsejado el sabio: cuando salía de casa cerraba bien y cuando entraba lo mismo; y cuando dormía, escondía la llave de casa bajo su cabeza. Y esto duró largo tiempo.

Y un día, habiendo ido este mancebo al mercado, la mujer subió a la ventana, como solía, a mirar los que iban y venían. Y estando en la ventana vio pasar a un mancebo hermoso y de buen cuerpo, y encendiese en su amor. Y trató cómo podría estar con él, y díjole que cada noche viniese a un lugar cerca de allí, que ya ella pensaría, con su malicia, cómo robar las llaves a su marido mientras durmiese.

Y cada noche acostumbra a dar vino al marido para embriagarlo, y así más seguramente poderse ir con el amigo a cometer su maldad. El marido como había aprendido las maldades de las mujeres, comenzó a pensar que alguna cosa quería hacer su mujer, que le daba de beber todas las noches. Y una noche fingió estar embriagado, y la mujer, pensando que era así, levantóse en camisa, fue a la puerta y la abrió, y salió para el amigo. El marido levantóse mansamente, fue a la puerta y la cerró, y se subió a la ventana, hasta que vio tornar a la mujer en camisa y llamar a la puerta. Y él, como quien no sabía cosa alguna, preguntó quién era. Y ella pidió perdón de su culpa y prometió que nunca jamás tal cosa haría. Mas no le aprovechó; antes bien el marido con saña dijo que no la dejaría entrar hasta que la enseñase a sus parientes. Pero ella, llamando mucho más, dijo que si le abría la puerta se lanzaría a un pozo que estaba cerca de su casa, y así moriría, y él habría de dar cuenta a sus parientes de su muerte.

Y, no haciendo caso de sus amenazas, no la dejó entrar. La mujer, llena de maldad, tomó una gran piedra y lanzóla al pozo, para que su marido, oyendo el golpe de la piedra, pensase que ella se había lanzado al pozo. El marido, cuando oyó el golpe de la piedra en el pozo, pensó que su mujer se había lanzado dentro, y salió aprisa y fue al pozo pensando que era verdad que había caído en él. La mujer, que vio la puerta abierta, fue luego antes que el marido y entró en casa, y cerró la puerta, y subióse a la ventana.

Él, viéndose engañado, dijo: "¡Oh mujer engañosa y llena de arte del diablo! Déjame entrar, y yo te perdonaré el mal que me has hecho". Ella, reprendiéndole conjuramento, dijo que no le dejaría entrar, diciendo: "¡Oh, engañador malo! Yo mostraré tu maldad y quién eres a tus parientes, que cada noche te levantas furtivamente y vas al burdel donde están las putas". Y al otro día llamó a los parientes y díjoselo así. Y ellos, creyéndolo, reprendieronle mucho. Y así ella con su maldad, el pecado que había hecho retorciólo sobre su marido. Así que poco aprovechó la gran guarda de la mujer.

11. MICROTXTOS

1. AMENAZAS (WILLIAM OSPINA)

--Te devoraré --dijo la pantera.

--Peor para ti --dijo la espada.

2. TODA UNA VIDA (BEATRIZ PÉREZ-MORENO)

--Lo vio pasar en un vagón de metro y supo que era el hombre de su vida. Imaginó hablar, cenar, ir al cine, yacer, vivir con él. Dejó de interesarle.

3. EL PRINCIPIO ES MEJOR (ISIDORO BLASTEIN)

En el principio fue el sustantivo. No había verbos. Nadie decía: "Voy a la casa". Decía simplemente: "casa" y la casa venía a él. Nadie decía "te amo". Decía simplemente "amor" y uno simplemente amaba.

En el principio era mejor.

4. UNA VIDA (ADOLFO BIOY CASARES)

La cocinera dijo que no se casó porque no tuvo tiempo. Cuando era joven trabajaba con una familia que le permitía salir dos horas cada quince días. Esas dos horas las empleaba en ir en el tranvía 38, hasta la casa de unos parientes, a ver si habían llegado cartas de España, y volver en el tranvía 38.

5. LA OVEJA NEGRA (AUGUSTO MONTERROSO)

En un lejano país existió hace muchos años una Oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

6. LA AMANTE (HERNÁN RIVERA LETELIER)

Después de hacer el amor, el hombre enciende un cigarrillo y apoya la cabeza dulcemente en su hombro. Como ensimismado, en los reflejos de luz de la gran lámpara de cristal, comienza a hablarle, ronroneante, de lo feliz que es con ella (y de lo desdichado que fue, en cambio, en sus veinte años de matrimonio). "Ah, si sólo hubiera sabido de ti antes", le dice amoroso. Y la abraza y la besa largamente. En el abrazo la toca sin querer con el cigarrillo y, en un fuuuuuu lánguido, penoso, conmovedor, su recién adquirida amante comienza estrafalariamente a desinflarse.

7. TERAPIA (JOSÉ MARÍA MERINO)

"un pequeño huerto, cavar la tierra, abonarla, plantar, regar, recoger la cosecha. Esos ejercicios serían también beneficiosos para usted", le aconsejó el doctor mientras le entregaba el tratamiento contra el estrés.

El primer año comió unos tomates deliciosos. El segundo año se pasaba las jornadas de la bolsa recordando sus tareas dominicales, las plantas de fresas, los calabacines en flor, las lombardas, según la estación.

Pero un domingo de abril se quedó quieto, y luego se sentó entre los surcos. El lunes ya había arraigado. Produce pimientos en el brazo izquierdo y berenjenas en el derecho. No necesita mucho riego.

8. EL RECTO (JUAN RAMÓN JIMÉNEZ)

tenía la heroica manía bella de lo derecho, lo recto, lo cuadrado. Se pasaba el día poniendo bien, en exacta correspondencia de líneas, cuadros, muebles, alfombras, puertas, biombos. Su vida era un sufrimiento acerbo y una espantosa pérdida. Iba detrás de familiares y criados, ordenando paciente e impacientemente lo desordenado. Comprendía bien el cuento del que se sacó una muela sana de la derecha porque tuvo que sacarse una dañada de la izquierda.

Cuando se estaba muriendo, suplicaba a todos con voz débil que le pusieran exacta la cama en relación con la cómoda, el armario, los cuadros, las cajas de las medicinas.

Y cuando murió y lo enterraron, el enterrador le dejó torcida la caja de la tumba para siempre.

9. EL MIEDO (EDUARDO GALEANO)

Una mañana nos regalaron un conejo de indias.

Llegó a casa enjaulado. Al mediodía le abrí la puerta de la jaula.

Volví a casa al amanecer y lo encontré tal y como lo había dejado: jaula adentro, pegado a los barrotes, temblando del susto de la libertad.

10. EL NACIMIENTO DE LA COL (RUBÉN DARÍO)

En el paraíso terrenal, en el día luminoso en que las flores fueron creadas, y antes de que Eva fuese tentada por la serpiente, el maligno espíritu se acercó a la más linda rosa nueva en el momento en que ella tendía, a la caricia del celeste sol, la roja virginidad de sus labios.

--Eres bella

--Lo soy --dijo la rosa.

--Bella y feliz --prosigió el diablo--. Tienes el color, la gracia y el aroma. Pero...

--¿Pero?...

--No eres útil. ¿No miras esos árboles llenos de bellotas? Ésos, a más de ser frondosos, dan alimento a muchedumbres de seres animados que se detienen bajo sus ramas. Rosa, ser bella es poco...

La rosa, entonces --tentada como después lo sería la mujer-- deseó la utilidad, de tal modo que hubo palidez en su púrpura.

Pasó el buen Dios después del alba siguiente.

--Padre --dijo aquella princesa floral, temblando en su perfumada belleza--, ¿queréis hacerme útil?

--Sea, hija mía --contestó el Señor, sonriendo.

Y entonces el mundo vio la primera col.

12. JUAN MATASIETE (CUENTO TRADICIONAL). Anónimo

Había una vez un zapatero remendón que se llamaba Juan. Como todos los zapateros remendones, no ganaba casi nada.

Un día de verano, más malhumorado que otras veces y agobiado por el calor. Juan estaba tirado en el suelo intentando dormir. Un montón de moscas zumbadas dentro de la casa, incordiando, y Juan, en un arrebato furioso, pegó un manotazo y mató siete de un golpe. Contó las moscas despatarradas en el suelo y se sintió tan orgulloso que se animó y decidió que todo el mundo tenía que conocer su valentía. Inmediatamente, escribió un letrerito que decía: "Siete de un golpe". Y se lo plantó en el sombrero y se echó a la calle resuelto a cambiar su vida y acabar con su miseria.

Cuando llegó al pueblo vecino, las gentes que se acercaban leían lo que ponía en el sombrero: "Siete de un golpe". Y se apartaban en seguida, por si acaso. La fama de Juan se extendió, y, en el siguiente pueblo por el que pasó, la gente sólo se atrevía a mirarlo desde lejos, por detrás de las puertas entreabiertas de sus casas o desde lo alto de los balcones.

Tras mucho andar, Juan llegó a la capital. El rey, que se había enterado de que en su reino vivía un hombre tan valiente, lo mandó llamar a palacio. Juan acudió y fue anunciado como un gran personaje. Subió unas grandes escaleras y, cuando el rey lo vio con aquel letrero en el sombrero, no supo si echarse a reír. Le preguntó:

-¿Es cierto eso de que usted ha matado a siete de un golpe?

- De un golpe.

-¡Vaya, hombre! ¿Y se atrevería a matar a un gigante que vive en un bosque cercano y que hace años que nos hace la vida imposible?

-¿Es verdad que quien mate al gigante se casará con la princesa?-se interesó Juan.

-Así es. Si lo consigue, le concederé la mano de mi hija.

Juan se lo pensó un poco y contestó:

-Muy bien. Yo no tengo miedo.

-¿Y qué necesita usted?

-Antes que nada, una buena comida. Y cuando vaya a buscar al gigante, necesitaré un pájaro, un huevo y una maroma muy larga.

Juan se pasó dos o tres días en palacio, dándose la gran vida, hasta que se decidió a salir por el gigante. Le dieron lo que había pedido; guardó el pájaro en un bolsillo, el huevo en el morral, enrolló la maroma a su espalda y se encaminó tranquilamente al bosque.

Nada más llegar, le sale el gigante al paso y le dice:

-¿Cómo te atreves a entrar en mis dominios?

Y cuando Juan se detuvo, el gigante se agachó para ver lo que llevaba escrito en el sombrero:

-"siete de un golpe" --leyó el gigante. Y se echó a reír de tal forma que todo el bosque comenzó a temblar como si hubiera un terremoto--. ¡Menudo bromista estás tú hecho!

-Si tan valiente se cree usted --repuso Juan--, ¿por qué no acepta una apuesta?

-¡Hombre, como quieras! Me divertiré un rato y luego te aplastaré.

-Vamos a ver quién tira una piedra más lejos.

El gigante agarró un pedrusco y lo tiró muy lejos. Mientras tanto, Juan sacó el pájaro de su bolsillo y lo echó a volar. El pájaro se perdió en el cielo y el gigante, creyendo que era una piedra, se quedó con la boca abierta.

-¡Caramba, renacuajo! Tú ganas. Vamos a ver ahora quién es capaz de sacar agua de una piedra. Cogió una piedra y la apretó entre sus manos con tal fuerza que empezó a gotear jugo sobre el suelo. Juan, disimuladamente, sacó el huevo de su morral. Cuando el gigante lo miraba convencido de que esta vez ganaba,

Juan reventó el huevo, y la clara y la yema resultaron mucho más abundantes que las gotas que el gigante había sido capaz de sacar de la piedra.

El gigante, después de abrir los ojos como platos, empezó a irritarse.

-¡Muy bien, enano! Hagamos otra apuesta. A ver quién arranca más árboles.

-Vale. Ya puede empezar usted, que yo, mientras, me preparo.

Se puso el gigante a descuajar un árbol y, entre tanto, Juan desenrollaba la larga maroma y empezaba a pasarla alrededor de los primeros troncos.

-¿Qué haces? --preguntó el gigante intrigado.

-Voy a rodear el bosque con esta maroma y voy a arrancar todos los árboles de una vez.

-¡Para, insensato! ¡Para, que me dejas sin bosque!

-Muy bien. Pero esta también la gano yo.

¡Vale, hombre, vale! Vamos a ver ahora quién come más.

El gigante preparó dos calderos enormes de gachas y se pusieron a comer. Mientras el gigante comía como la bestia enorme que era, Juan simulaba comer aún más aprisa, pero lo que hacía era ir echando gachas en el morral.

El gigante ya no podía más.

-Yo ya estoy hartito.

-¡Calle, hombre! Yo no he hecho más que empezar.

Al gigante la furia empezó a subirle a la cabeza, y, completamente enrojecido, gritó:

-¡Vamos a por la definitiva! ¡A ver quién corre más!

-De acuerdo -dijo Juan-. Pero en mi pueblo es costumbre dejar ventaja al más pequeño.

-¡Lo que tú quieras! Ya puedes salir, que en cuanto te pierda de vista echaré detrás.

Cuando ya estaba un poco más lejos, Juan apretó a correr con toda su alma. Se encontró con unos pastores y les dijo:

-¡Voy huyendo del gigante! Cuando lo veías llegar, le decís que me he rajado la barriga para correr más deprisa sin el peso de las gachas.

Y diciendo esto a toda prisa, clavó su cuchillo en el morral y las gachas empezaron a salirse chorreando hasta el suelo conforme él seguía corriendo. En seguida llegó el gigante.

-¿Habéis visto al enano que ha pasado corriendo?

-Sí, señor -contestaron los pastores-. Se paró un momento para abrirse la barriga con un cuchillo porque las gachas le pesaban mucho, y salió corriendo más aprisa de lo que llegó.

-¡Conque ésas tenemos! ¡Pues ahora verá!

El gigante desenvainó su alfanje y se rajó la barriga de arriba a abajo para que salieran las gachas. Y, claro, con las gachas le salieron también las tripas, no pudo dar más de dos pasos, se desplomó sobre el suelo como una montaña y se murió. Juan volvió al rato y vio que el gigante estaba muerto. Muy contento, se fue para el palacio, directo a la sala del trono.

-¡Majestad, ya podéis enviar a vuestros hombres a recoger al gigante!

-¿Es posible?

-En medio del bosque está, con las tripas al aire.

Varios soldados partieron a comprobar que era cierto. Cuando regresaron, Juan esperaba muy contento luciendo orgullosamente el letrerito en su sombrero: "Siete de un golpe".

El rey casó felizmente a su hija, la princesa, con Juan, y los dos fueron felices y Juan se hartó a perdices. Y cuanto contado, cuento acabado.

Recopilación realizada por **Julián Montesinos Ruiz**, profesor de Lengua Castellana y Literatura en el IES Misteri d'Elx, doctor en Filología Hispánica y profesor asociado de la Facultad de Educación de Alicante.